

Después del acontecimiento: política y subjetividad en tiempos post-neoliberales. Un análisis de la película *El Estudiante* (Santiago Mitre, 2011).

After the event: politics and subjectivity in post-neoliberal times. An analysis of the film *The Student* (Santiago Mitre, 2011)

Gabriel Chouhy*

Resumen

En la película *El Estudiante* se formulan y debaten dos hipótesis antagónicas sobre la política y el retorno de los sujetos colectivos, luego de la debacle neoliberal y el inesperado ascenso de las izquierdas en América Latina. Ante una forma puramente instrumentalizada del poder, despojada de historicidad, confinada al reino de la necesidad material, y subsumida a las lógicas de patronazgo que estructuran el orden estatal-democrático, despunta otra, mucho más fiel al acontecimiento que le da origen, y que postula la equidad universal de los comunes. Constituida en la única verdadera, la segunda hipótesis de la política se orienta ya no a la dominación, sino a la emancipación.

Palabras claves: Política, Cine, Activismo, Peronismo, Argentina

Abstract

The film *The Student* suggests and discusses two antagonist hypotheses on politics and the return of collective subjects after the demise of neoliberalism and the unexpected rise of the Latin American Left. Before a purely instrumentalized form of power that is deprived of historicity, confined to the realm of material needs, and subsumed to the logics of patronage that structure the state-democratic order, stands another one, more faithful to the event that gives it origin. Constituted as the only true one, this second hypothesis on politics points no longer to domination, but to emancipation.

Keywords: Politics, Film, activism, Peronism, Argentina

* Uruguayo. Licenciado en Sociología por la Universidad de la República, Uruguay. Magister en Sociología por la Universidad de Pittsburgh. Candidato a Doctor por la Universidad de Pittsburgh. Correo: elbagallero@gmail.com



INTRODUCCIÓN

Roque inicia por tercera vez una carrera universitaria, esta vez en la Facultad de Ciencias Sociales, en la populosa Universidad de Buenos Aires. Si bien en un principio muestra cierto interés por los cursos de filosofía política a los que asiste, el entorno que rodea al aula acaparará su atención. Las paredes atiborradas de carteles y pancartas de las diversas agrupaciones políticas que pujan por el control del centro de estudiantes, asambleas que deliberan sobre la necesidad de la movilización estudiantil para un cambio en el plan de estudios, encendidos discursos ideológicos dentro del salón de clases que transgreden las reglas que rigen el debate académico, programas de reforma, plataformas de lucha, consignas de cambio: la omnipresencia de la política ejercerá una atracción irresistible para Roque.

La política y los efectos como esta opera sobre los sujetos que procuran hacer de su práctica una actividad transformadora, es el asunto central abordado en *El Estudiante*, de Santiago Mitre (2011). La “etnografía ficcional” realizada por su director nos permite observar con lujo de detalles el despertar militante de Roque, el protagonista de este film, con el objetivo bastante explícito de explorar los significados de la militancia en la Argentina contemporánea. En ese marco, la película puede leerse de varias maneras. Es, sin duda, un *thriller* en el que la política “normal” (las elecciones, la deliberación, la construcción de liderazgos, la definición de estrategias, el encuadre de las tácticas, la suma de voluntades, el reparto de funciones y responsabilidades) se entreteje con la mentira descarada, la negociación secreta, el tráfico de favores e influencias, la conspiración despiadada, la traición, el amor y el sexo casual, todo con altas dosis de suspenso. Puede ser vista, asimismo, como denuncia implacable de las contradicciones y límites del *kirchnerismo* —el proyecto político surgido del estallido social del 2001 que ocupó el gobierno nacional en la larga década post-crisis del 2001—, un proyecto nacional-popular que al tiempo que exalta las virtudes estoicas de la vieja militancia setentista (despojada, por cierto, de todo contenido revolucionario), no deja de apoyarse en las prácticas clientelistas y tutelares sobre las que se ha organizado históricamente el ejercicio del poder en Argentina.

Pero más que nada *El Estudiante* puede interpretarse como una exploración conceptual, metódica y sistemática acerca de las condiciones necesarias para el surgimiento de un nuevo sujeto capaz de librarse de las constricciones y miserias de la vieja política: ante una forma puramente instrumentalizada de ejercicio del poder, despojada de historicidad, confinada al reino de la necesidad material, y subsumida a las lógicas de la competencia que estructuran el orden estatal-democrático, despunta otra que postula la equidad universal de los comunes, y que por tanto se constituye en la única política verdadera, orientada ya no a la dominación, sino a la emancipación.

Es sobre esta última línea interpretativa que centraré mi análisis. Intentaré demostrar que *El Estudiante* es, fundamentalmente, un sofisticado ejercicio de reflexión crítica que, apelando a los recursos del lenguaje cinematográfico, busca contribuir a la reelaboración de una teoría de la subjetividad militante capaz de dejar atrás los fracasos inocultables de las prácticas políticas del siglo pasado: aquellas que se organizaron en torno a la idea de un partido capaz de liderar a las masas hacia la conquista del poder del Estado o, de modo más ajustado al caso argentino, de un Estado capaz de liderar un movimiento hacia la conquista de las masas. Así, mostraré que el filme de Mitre está perfectamente alineado con las filosofías críticas hoy en boga que postulan la necesidad de un nuevo sujeto colectivo constituido en los intersticios de los procedimientos normalizados del poder estatal y partidario. Apoyado en las tesis filosóficas de Alain Badiou y



Gabriel Chouhy

Jacques Rancière, sostengo que *El Estudiante* no hace otra cosa que plantear los enormes desafíos que tienen por delante los movimientos políticos que se proponen construir alternativas a la democracia neoliberal, actualmente hegemónica en occidente. En este sentido, si bien la película trata principalmente de la muy singular “interna” gremial de la UBA, considero que el análisis de la densa trama de micro-procesos militantes ficcionados por Mitre nos permite abordar cuestiones de carácter universal relativas al significado mismo de la política y las posibilidades ciertas de un sujeto colectivo superador de los límites a la politicidad popular interpuestos durante el giro a la izquierda de la era pos-neoliberal.

EL RETORNO DEL SUJETO EN EL POST-NEOLIBERALISMO: DOS HIPÓTESIS SOBRE LA POLÍTICA

No es posible comprender cabalmente el ejercicio teórico realizado en *El Estudiante* sin antes tener una mirada de larga duración sobre la emergencia y crisis del sujeto político en el cine latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX. Respecto a este asunto, pueden distinguirse, *grosso modo*, dos grandes etapas bien diferenciadas. Un primer período está marcado por el auge del *cine militante*.¹ Al influjo de la revolución cubana, los sesenta (y principios de los setenta) fueron años de alta convulsión política en América Latina. La posibilidad de explorar distintas vías revolucionarias dominó el debate intelectual de la época. Tanto la definición de una estrategia insurreccional como la caracterización del sujeto que debería llevarla a cabo constituyeron asuntos medulares que estructuraron la disputa ideológica entre los distintos partidos, movimientos y tendencias que disputaban la hegemonía dentro de la izquierda. No parece extraña, entonces, la aparición de un *cine militante* que, comprometido con su tiempo histórico, hará su contribución a este debate². Así, este cine buscará, explícitamente, colaborar con el proceso de politización y toma de conciencia de las clases populares para transformarlas en sujetos colectivos movilizados. Y por ello la indagación sobre las características particulares que asume el sujeto político bajo condiciones de dependencia y dominación neocolonial aparecerá entonces como una temática recurrente del *Nuevo Cine Latinoamericano* de los años sesentas.³

¹ Es necesario aclarar que el cine militante es un subgénero particular del cine político. Al primero lo distingue un modo de circulación bajo una estructura clandestina o alternativa explícitamente orientado a la persuasión de las masas populares con aclaraciones ideológicas y propuestas para la acción. El acto mismo de circulación es así entendido como acción política contrahegemónica. Y como lo hegemónico ha sido, históricamente, la derecha política, esto explica en parte la escasez de films documentales de derecha y la asociación de documental militante a film de izquierda (ver por ejemplo Campo, 2017). Agradezco a un revisor anónimo por hacerme notar este punto.

² La cuestión del sujeto revolucionario ocupó un lugar central en la producción de esta generación de cineastas. Esto es visible tanto en el cine ficción de Glauber Rocha – ver su famosa trilogía *Deus e o Diabo na Terra do Sol* (1964), *Terra em Transe* (1967), y *O Dragão da Maldade contra o Santo Guerreiro* (1969) – como en el cine documental de Fernando Solanas y Octavio Getino – ver *La Hora de los Hornos* (1968) –. Otros documentalistas como Gerardo Vallejo y Jorge Sajinés realizaron contribuciones destacadas en el mismo sentido. De un modo quizás más soterrado pero no por ello menos relevante, la reflexión sobre las posibilidades de una subjetividad política alternativa a la dominación colonial y al individualismo burgués también fue explorada en los primeros trabajos del cineasta cubano Tomás Gutiérrez Alea – ver, por ejemplo, *Memorias del Subdesarrollo* (1968).

³ Esta cinematografía latinoamericana producida durante 1967-1975, que bajo el rótulo de “política” o “militante” se presume homogénea, es de todos modos diversa y compleja, al punto de poner en jaque el carácter uniforme y compacto del “movimiento regional”. Aunque es posible detectar un horizonte común en torno a transformaciones políticas-históricas, no todos coincidían en las formas (cinematográficas) o las vías (políticas o revolucionarias) para hacerlo (ver Frías, 2013; Mestman et al., 2017).



El fracaso estrepitoso tanto de las izquierdas como de los movimientos nacional-populares, en el contexto de la ola autoritaria de los setentas y ochentas, abrirá un segundo período caracterizado por la fragmentación y declive de los proyectos emancipatorios. La reestructuración capitalista de los años 90 y el triunfo global del neoliberalismo (procesos paralelos a la implosión del mundo socialista) no harán más que profundizar esta tendencia. Y, evidentemente, las formas de retratar las posibilidades de un sujeto capaz de alterar el curso de la historia se verán reflejadas en el cine latinoamericano. En líneas generales, la deriva individualista, la penetración del mercado en los más diversos ámbitos de la vida social, y el repliegue masivo a la esfera privada, marcarán a fuego la crisis terminal de los sujetos colectivos⁴.

No obstante, el ciclo de revueltas populares que acompañaron el triunfo electoral de un conjunto heterogéneo de fuerzas de progresistas en Latinoamérica durante el cambio de siglo nos obliga a replantearnos el lugar que le cabe a la militancia en la así llamada “era post-neoliberal”. El ocaso del *Consenso de Washington* nos interroga sobre la naturaleza de los sujetos colectivos que a lo largo y ancho del continente se pronuncian en nombre de formas más solidarias de organizar el Estado, la sociedad, y la economía. No por casualidad vivimos en tiempos en los que se postula el “retorno de la política”, proceso que necesariamente viene acompañado de un “retorno del sujeto”.

Pero ¿qué política? Y ¿qué sujeto? La película *El Estudiante* aborda precisamente estas cuestiones. El filme puede ser entendido como experimento de búsqueda de una forma distinta de entender el poder iniciada como resultado de un acontecimiento. En el caso argentino, es el estallido social del 2001, que produce la emergencia de una sociedad movilizada; el evento que da apertura a una original secuencia de exploración y construcción de una verdad disidente. La pregunta sobre la política es entonces tributaria de este acontecimiento, de esta inesperada situación en la que una sociedad, en su devenir movimiento, recorre el camino de construir un sujeto histórico que pueda ir más allá del evento. Como dice Badiou,

“La política no es pensar partiendo de la situación solamente. Es, en primer lugar, y antes que todo, pensar a partir de lo que está más allá de la situación, y que ha ocurrido como un acontecimiento. Por eso voy a definir a la política como la fidelidad a un acontecimiento. Fidelidad que exige con frecuencia organización y disciplina, pero que trabaja dentro de la situación, a partir de algo que está más allá de la situación. Entonces, la política es la fidelidad a lo nuevo” (Badiou 2000: 7)

En el marco de una política entendida como fidelidad a lo nuevo, considero que es posible inscribir la obra de Mitre como precursora de un “tercer momento del cine latinoamericano”, en el que se intenta recuperar al sujeto político destituido por la contrarrevolución neoliberal para, dialécticamente, refundarlo sobre bases superadores de las formas que prevalecieron en siglo pasado⁵.

⁴ Salvando sus enormes diferencias estilísticas y temáticas, el tono pesimista sobre el potencial emancipatorio de un sujeto colectivo estará presente tanto en la sofisticada *Fresa y Chocolate* (Tomás Gutiérrez Alea, 1993), en la muy nihilista (y punk) *Rodrigo D: No futuro* (Víctor Gaviria, 1990), así como en la posmoderna *Amores Perros* (Alejandro González Iñárritu, 2000).

⁵ Quizás el antecedente más evidente de *El Estudiante* sea *Los Traidores*, de Raimundo Gleyzer (1972). A pesar de que esta película se encuadra claramente en el programa político del cine militante de la época, y por lo tanto no reniega de un explícito compromiso ideológico, su mirada aguda al devenir corrupto de un militante de base en



Gabriel Chouhy

No obstante, para posibilitar este nuevo giro dialéctico, será imprescindible descartar la hipótesis (planteada como novedosa) sobre la restauración de la vieja política, y plantear una alternativa, que necesariamente será la de un nuevo sujeto, portador de una nueva política. Así, en lo que sigue, mostraré cómo en *El Estudiante* se formulan y debaten dos hipótesis contrapuestas sobre el significado de este retorno del sujeto luego de la debacle neoliberal y el inesperado ascenso de las izquierdas: una primera que se asocia a la restauración del proyecto nacional-popular encarnado en el kirchnerismo; y una segunda que se despliega como rechazo a la primera, y por lo tanto supone el surgimiento de una política de la emancipación, más fiel al acontecimiento que le da origen (el estallido social antineoliberal del 2001).

H0: LA POLÍTICA COMO INSTRUMENTO. SOBRE EL DESPERTAR POLÍTICO Y COOPTACIÓN DEL SUJETO

La noción de la política que se nos presenta en los primeros minutos de *El Estudiante* está claramente marcada por el ritualismo, el rechazo generacional y la desconfianza. Las intervenciones simplificadas en las clases de teoría política (que parecen tomadas de un “manual para revolucionarios a lo Marta Harnecker”) muestran la reproducción acrítica de ideas caducas por parte de estudiantes más interesados en la propaganda ideológica que en la elaboración intelectual. La escena de la asamblea donde se discute el plan de estudios muestra también el carácter ritualizado del discurso de los dirigentes estudiantiles, plagado de clichés y lugares comunes. A las encendidas arengas, que pocos escuchan, se suceden aplausos mecánicos. Además, en un lugar del aulario separado de la masa de estudiantes, puede verse a pequeños grupos operando políticamente para manipular el debate y las resoluciones. De hecho, pareciera que el único rol que le cabe al cuerpo estudiantil es el de arbitrar, mediante el voto, la competencia de posiciones entre las distintas agrupaciones. El sentido de los intervenciones llama también la atención: en vez de tratar directamente los contenidos del plan de estudios, la discusión gira en torno al estrecho margen de acción de los estudiantes ante la escasa participación del *demos* en las asambleas.

Es en este inocuo espacio deliberativo donde empezará el interés de Roque, el protagonista, por la militancia. Y sin embargo, el proceso mediante el cual Roque vivenciará este acercamiento será casi imperceptible, incluso para sí mismo. No solo eso, la subjetividad de Roque devendrá política por razones ajenas a esta. El amor será, en un principio, el procedimiento de verdad que dará nacimiento al sujeto. La voz en off se encargará de aclararnos este punto: “A través de la relación con Paula, la política se mete en la vida de Roque por primera vez”. La activación del Roque militante vendrá por el cuerpo, no por el discurso. El amor por Paula, dirigente de la agrupación Brecha que toma la palabra en la asamblea, desatará en él un impulso incontenible. La investida decidida, la acción determinada, el despliegue inusual de una creatividad orientada a satisfacer un deseo de conquista, serán las marcas distintivas de un Roque enamorado, político pero aún no politizado. El cortejo será su rito de pasaje. Con acciones medidas, casi estratégicas, Roque acechará a Paula hasta concitar su atención: se anotará en el curso en el cual ella es docente, le pedirá recomendaciones bibliográficas, se inmiscuirá en las reuniones de la agrupación, la emborrachará en el baile hasta llevarla a la cama. Su voluntad de poder se traducirá en agresividad viril. Ni Paula ni las otras mujeres con las que Roque coge

burócrata sindical, operado en el cercado microcosmos de un pequeño sindicato, presenta similitudes evidentes con la transformación de Roque en anti-héroe (ver Russo, 2008)



podrán resistirse a la tentación del cortejo, y el modo en que ellas gozan sus arrebatos sexuales (con él siempre ocupando la posición dominante), será el testimonio más evidente de su éxito. En otras palabras, durante la primera etapa del despertar de Roque —o, parafraseando a Badiou, la secuencia emancipatoria mediante la cual deviene *Sujeto*— deseo sexual y voluntad militante, amor y política, serán indisociables.

De todas maneras, a pesar de este ingreso lateral (corporal) del *homo politicus* en la vida de Roque, el activismo rápidamente se transformará en objeto principal de su atención; adquirirá forma y especificidad propia. La conversión de Roque en militante será vertiginosa. Pero no será su discurso, siempre escueto y jamás polémico, sino el ejercicio constante de su poder de mando lo que pautará su *devenir político* y marcará el ritmo de los acontecimientos. Es su voluntad militante, la lógica de los hechos consumados, lo que romperá con la normalidad de una vida gremial osificada (y cosificada) en discursos rituales casi burocráticos, y propiciará su ascenso meteórico. Roque muestra una vez más que en la política, como en el amor, es la iniciativa, la determinación, lo que produce el acontecimiento. En el contexto de las elecciones internas del claustro estudiantil, siendo todavía un desconocido, Roque propone en la interna de la agrupación un curso de acción que desafía las soluciones racionalmente elaboradas, pero carentes de fe, de los dirigentes de Brecha. Es aquí cuando aparece Acevedo, veterano profesor universitario fogueado en una y mil batallas, y principal referente “adulto” de la agrupación dentro de la universidad. Es el apoyo explícito de Acevedo, cuya legitimidad se funda en la autoridad que le confiere su experiencia, lo que le permite a Roque actuar, a pesar de la falta de convicción expresada por sus compañeros. Y dicho aval marcará el punto de inflexión. Roque desarrolla una compleja operación de manipulación informativa que desata una guerra entre agrupaciones. Ante este nuevo escenario, recorre las clases haciendo campaña por Brecha, con un discurso centrado e inclusivo, que le permite a la agrupación un importante (e inesperado) crecimiento electoral. Ya finalizada la campaña, Roque se muestra plenamente incorporado a las tareas de organización interna de la agrupación, siempre listo para asumir nuevas responsabilidades. Una de ellas es gestionar un espacio dentro del local universitario para montar un nuevo servicio de fotocopidora, administrado por el Centro de Estudiantes. Roque consigue la autorización a través de Acevedo, y a cambio de su gestión exige un puesto de trabajo en la fotocopidora para uno de sus amigos.

Es, precisamente, luego de que Roque ha demostrado sobradamente sus habilidades para desempeñar con eficiencia sus tareas militantes que la voz del narrador interrumpe la trama y arriesga una definición exquisita:

“Así es entonces la nueva vida de Roque. Se esfuerza por seguir cursando, pero empieza a reconocer que su interés no está en las clases sino afuera, en las reuniones y asambleas del centro de estudiantes, en las actividades y discusiones que realiza con la agrupación. Aunque sigue estudiando, entiende que su verdadero trabajo, y su verdadero talento, están en el manejo de la gente, la táctica y la estrategia, la ejecución y la toma de decisiones. Discutir ideas, pensar alianzas, hacerse amigos, dar órdenes; es decir, la política”

A partir de ahí, el filme se dedicará a explorar con lujo de detalles las características de esta noción de la política encarnada en la figura de Roque. Ésta será concebida como acción calculada y orientada a la articulación cotidiana de intereses. La defensa explícita que terminará haciendo Roque de las virtudes de la militancia entendida como gestión, como ejercicio práctico de una voluntad transformadora que permite superar el purismo de un discurso ideológicamente



intachable pero inocuo en sus efectos de poder, es prueba elocuente del arraigo que alcanza esta concepción durante el desarrollo de la secuencia que marca su *devenir sujeto político*. Los beneficios de esta praxis resultan indudables: contraviniendo la ineffectividad del autonomismo puro, la vocación por el trabajo comprometido, eficiente y calculado, hace posible la construcción de un poder transformador de la realidad.

Esta perspectiva que asigna centralidad a una praxis organizada en torno a la construcción y administración del poder sintetiza muy bien lo que aquí enuncio como la *primera hipótesis sobre el retorno de la política en tiempos post-neoliberales*. Es por supuesto una hipótesis fiel al “relato post-peronista” del kirchnerismo. Se trata de un proyecto fundado en la necesidad de recuperar la autoridad de las instituciones frente a los poderes fácticos de las corporaciones y grupos económicos, que habían secuestrado al Estado durante el menemismo. Aquí la política se concibe entonces *desde y para* la gestión, canalizando institucionalmente la explosión militante para ponerla al servicio de una voluntad colectiva que explícitamente reivindica la acumulación de poder político estatal.

Resulta imposible comprender esta vocación política del kirchnerismo sin considerar sus condiciones de emergencia, a saber: el ciclo de movilizaciones populares que se desencadena en respuesta al vacío institucional generado por el descalabro económico del 2001⁶. En ese marco, como espacio político originalmente conformado por un pequeño grupo de dirigentes de la izquierda peronista que con anterioridad a la crisis ocupaban una posición marginal e irrelevante en la política nacional, el kirchnerismo se caracteriza por una decidida voluntad instituyente, movilizadora como respuesta a una crónica debilidad de origen, y resultante de un evento disruptivo que produce la emergencia de un nuevo sujeto político: el pueblo movilizado. En palabras de Perez y Natalucci:

“El kirchnerismo constituye un experimento político de autocreación desde el gobierno, liderado por una élite periférica (desde el punto de vista territorial y funcional) que asume una creciente temeridad jacobina en la medida en que advierte la extrema fragilidad y opacidad del contexto en el que opera. En otros términos, hay una performatividad política del kirchnerismo que proviene, curiosamente, de la conciencia de su fragilidad constitutiva” (Perez y Natalucci 2012: 8)

Nos encontramos, entonces, frente a una política que intenta ser fiel al evento que hizo mella en la historia argentina reciente: el acontecimiento disruptivo a partir del cual emergieron, inesperadamente, un sinnúmero de movimientos sociales –organizaciones piqueteras de distinto signo, asambleas barriales, grupos de ahorristas, asociaciones de ayuda mutua de base territorial, agrupaciones estudiantiles, el nuevo sindicalismo de la *Central de Trabajadores Argentinos*, todos tributarios de la multitud informe que toma las calles bajo la consigna “que se vayan todos”. Dichos movimientos en su momento ocuparon el vacío dejado por un sistema de partidos en descomposición y pusieron en jaque al estado (entendido como estado de la situación).

⁶ Recordemos que el colapso del poder estatal provocado por la crisis económica era de una magnitud tal que no solamente involucraba a los partidos políticos y las autoridades públicas, sino que también abarcaba a instituciones fundamentales del Estado moderno como la moneda. Así, para diciembre de 2001, cuando renuncia el presidente De la Rúa, había proliferado un sinnúmero de monedas provinciales que funcionaban en forma paralela al peso oficial emitido por el gobierno federal. A su vez, cientos de miles de personas practicaban el intercambio de bienes y servicios a través de redes de trueque (que también emitían sus propias monedas) para hacer frente a sus necesidades diarias de intercambio económico.

No obstante, en tanto política con vocación instituyente, el kirchnerismo se autoproclama sujeto portador de una *Idea* superadora del carácter acotado, *eventual*, de la protesta social. En otras palabras, se privilegia la construcción de un movimiento que busca proyectar al sujeto más allá de la existencia efímera y circunstancial del evento que le da origen. Dicho espacio militante, por tanto, cumple con los requisitos de lo que Badiou denomina una “organización política” constituida en “sujeto de la disciplina del evento” (Badiou 2012: 66). La política de organización kirchnerista se autopercibe entonces como “the subjective latency where the Idea holds itself, the transformation of eventual power into temporality. It is *the invention of a time* whose particular characteristics are taken from the event, a time that in a sense unfolds its beginning” (Ibid.: 70).

¿En qué consiste este supuesto “nuevo tiempo” inventado por la política kirchnerista? ¿Cuál es la *Idea* que ésta porta y pretende desplegar sobre una temporalidad proyectada más allá del evento? ¿Cuán “nuevo” es este tiempo? ¿Cuán “original” la *Idea*? Quizás la respuesta más elocuente a estas preguntas pueda hallarse analizando el discurso de *La Cámpora*, principal organizaci3n juvenil oficialista, que se ha nutrido de miles de militantes en los últimos años, y que por tanto encarna la forma más potente y acabada de esta “nueva” política:

“...esta generaci3n volvi3 a creer, volvi3 a creer en la política porque esa presidenta y este compañero presidente, ex presidente y presidente del PJ [Partido Justicialista], para quien ya no hay adjetivos [...] recuperaron lo más digno, lo más sagrado que puede tener un pueblo, que es la decisi3n política [...]. Para que alguna vez se diga que al lado de los dos cuadros políticos más grandes de su generaci3n y de su momento, construyeron y realizaron aquello que comenzaron Juan Per3n, Eva Per3n, y por los que dieron la vida treinta mil compañeros. ¡Esa es nuestra pelea!, ¡Esa es nuestra lucha!” (Discurso de Andrés Larroque, secretario general de *La Cámpora*, en el Luna Park, septiembre de 2010) [citado en Vazquez y Vommaro, 2012:157]

En este fragmento se encuentran condensados los elementos centrales de lo que aquí enuncio como la *primera hip3tesis sobre la política en tiempos post-neoliberales*, que a mi modo de ver no deja de ser restauracionista, a pesar de su novedad autoproclamada.

En primer lugar, no es casualidad que el discurso de Larroque aluda al hecho de que el regreso a la política experimentado por las nuevas generaciones se produzca gracias a que tanto Néstor Kirchner como Cristina Fernández lograron, desde su investidura presidencial, dignificar el valor esencial de la “decisi3n política”. Se trata entonces de revalorizar la política entendida como voluntad decisoria ejercida desde las instituciones estatales, y cuya legitimidad se construye en el acto mismo de su ejercicio.

En este sentido y retomando el filme, Roque aprender muy rápidamente que tanto el poder y la legitimidad que emanan del ejercicio activo y decidido de su voluntad puede multiplicarse mediante un uso inteligente de las reglas que rigen la economía de los favores.⁷ En un principio, esta forma de política basada en la movilizaci3n de recursos al interior de redes de reciprocidad no parece ser objeto de cuestionamiento tico, ya que simplemente expresa la materialidad de una práctica enraizada en relaciones de intercambio que actualizan

⁷ La temática del aprendizaje como proceso informal y personalizado de adquisici3n un currículo oculto (la política en tanto saber específico), así como la centralidad de la relaci3n maestro-aprendiz en dicho proceso, son asuntos recurrentemente señalados por otros autores que también se ocupan de esta película. Ver, por ejemplo, Montaldo Montaldo (2014), Cicalese (2012).

Gabriel Chouhy

permanentemente el sustrato social de la vida cotidiana⁸. Así, por ejemplo, Roque desactiva con mucha habilidad y extrema frialdad una potencial crisis política, luego de comprobarse que su amigo ha robado dinero de la fotocopidora (dinero que necesitaba para pagar sus cuentas y viajar al interior por un problema familiar). Para evitar que el escándalo salga a la luz pública, compra el silencio de los miembros de la agrupación con la que Brecha comparte la gestión de la fotocopidora a cambio de un favor académico –la manipulación de la integración de un tribunal de examen para garantizar la ausencia de un profesor con el que uno de los estudiantes ha tenido un problema personal. Roque es capaz de movilizar estos recursos académicos porque al mismo tiempo se encuentra organizando un plenario con referentes de todas las agrupaciones, así que puede hacer que el docente en cuestión asista a la actividad y se ausente del examen.

Asimismo, la planificación del plenario, tarea que Acevedo le ha encargado, también es cumplida a la perfección gracias a su capacidad de movilizar voluntades utilizando recursos extra-políticos. Ejemplo de esto último es la escena en que consigue transporte y alojamiento para realizar el plenario en un pueblo del interior de Buenos Aires. Ahí se desarrolla una extensa conversación con la persona a cargo del predio donde tendrá lugar el evento. Habiendo inicialmente rechazado la solicitud de Roque, este personaje terminará accediendo cuando se entera que el tío del joven militante es el esposo de quien alguna vez fuera su novia de la adolescencia. El diálogo es importante porque evidencia la soltura con la cual Roque se maneja cuando se trata de sacar provecho de estos vínculos informales. Claramente, su cordial timidez, que aparenta (falsa) ingenuidad, configura un rasgo personal distintivo –una suerte de carisma, al decir de Weber– que él logra explotar con audacia para ponerlo al servicio de la gestión de las micro-relaciones políticas.

Pero estos intercambios bastante inofensivos que forman parte de la tarea del “bróker” en el que Roque se ha convertido, casi subrepticamente derivarán en conspiraciones mucho más turbias, estratagemas que, además, develarán su interés personal por hacer de la política una profesión. Así, se irá desplegando la forma más puramente instrumental de la política: aquella orientada a la realización de un interés que funde y confunde lo individual y lo colectivo. A medida que se estrecha el vínculo entre Roque y Acevedo, la manipulación y el secreto se volverán moneda corriente. Y la brecha entre la política de las masas y la política de las élites resultará inzanjable. Acevedo informa a Roque sobre las negociaciones que se desarrollan a nivel de las más altas esferas universitarias para consensuar un candidato a Rector capaz de reunir mayorías electorales. Por supuesto, las operaciones políticas de Acevedo deben mantenerse en reserva: solo Roque y algunos pocos elegidos estarán al tanto. La recompensa por la discreción y la lealtad ya no pasa por el reconocimiento de la tarea bien realizada, sino que ahora tiene un correlato material. Por primera vez Roque aparecerá trabajando para ganarse la vida: lo vemos haciendo encuestas para un centro de investigaciones sociales, pero inmediatamente la voz en off se encargará de aclararnos que ha obtenido el empleo gracias a la gestión de algún miembro de la agrupación. No solo eso, explícitamente se menciona que Roque ha dejado los estudios, y que su otro “trabajo” consiste en apuntalar la carrera de Acevedo al rectorado. Finalmente, toda la trama de intrigas palaciegas que envuelve el proceso de elección del rector estará plagada de conspiraciones y pactos mafiosos. Roque participará como intermediario en dicha trama, tejiendo un acuerdo secreto con un funcionario de confianza del Ministro de Educación: si Acevedo

⁸ Para un análisis minucioso del funcionamiento de estas relaciones de intercambio de favores por apoyo político en la Argentina reciente, ver Auyero (2001). Para una conceptualización por parte del mismo autor sobre cómo este trasvasamiento entre política y vida cotidiana puede ser útil para explicar episodios de violencia colectiva durante la crisis del 2001, ver Auyero (2007)



permite al Ministerio digitar las licitaciones de los laboratorios universitarios, los sectores académicos afines al gobierno apoyarán su candidatura. Por articular esta compleja y coyuntural alianza, Roque exigirá a cambio un cargo en el rectorado. A pesar de que no reúne suficientes credenciales académicas, el pedido será considerado por Acevedo luego de la elección.

Sin duda, el desarrollo continuado de la vocación de Roque por esta política institucional consistente en la gestión cotidiana del poder supone un claro distanciamiento respecto a las formas de militancia que predominaron en la etapa más dura de resistencia antineoliberal. Si durante el menemismo se trataba de militar contra el Estado, “en el kirchnerismo el estado es visto como una herramienta de transformación y un escenario de disputas políticas que es preciso ocupar y al que hay que dedicarle esfuerzo y tiempo militante” (Vázquez y Vommaro 2012: 170). Hay entonces una *Idea* primigenia que debe ser abandonada: la de una política fundada en la noción de *autonomía* (autonomía que Brecha reivindica en un principio pero que luego abandona por la vía de los hechos), esto es, una militancia en colectivos alejados de las instituciones, que explícitamente apuestan por la participación desinteresada, la deliberación y la solidaridad; una militancia cuestionadora de los mecanismos tradicionales de representación política, y que en consecuencia se define como independiente del estado, los partidos políticos, y las organizaciones sindicales (Vázquez y Vommaro 2012: 164).

En segundo lugar, si bien el discurso kirchnerista sobre la recuperación de la política se organiza en torno a la construcción de un nuevo relato histórico, es evidente que dicho relato resulta expresamente tributario de las tradiciones nacional-populares del peronismo pre-dictadura. Es, consecuentemente, un relato que busca inscribir el período abierto luego del acontecimiento (el estallido del 2001) dentro de la vieja “gramática movimentista” (Perez y Natalucci, 2012) del peronismo de izquierda, esto es, un modo de estructurar las relaciones entre estado y sociedad que supone una permanente tensión (tolerada) entre, por un lado, la movilización de las organizaciones que median entre las instituciones y las clases populares, y por el otro, la integración corporativa de dichas organizaciones en la estructura del Estado. Precisamente, la articulación entre estos dos componentes, movilización e incorporación política de las clases subalternas, permite al kirchnerismo constituirse, simultáneamente, en solución de *continuidad* con el proyecto nacional-popular de los setentas, y *ruptura* con el proyecto antipopular del menemismo neoliberal de los noventas.

De ahí que la conformación del kirchnerismo en proyecto de Estado que reivindica el viejo movimentismo nacional-popular y lo constituye en alternativa real al neoliberalismo suponga un deliberado ejercicio de deconstrucción destinado a disociar al *menemismo* del *peronismo* (Vázquez y Vommaro 2012: 165). De hecho, como muestran Vázquez y Vommaro, el grueso de los cuadros dirigentes de *La Cámpora* inició su militancia a fines de los noventas, en espacios autónomos de resistencia al neoliberalismo, muy especialmente en organizaciones estudiantiles, en ese entonces mayormente volcadas al trabajo en un frente común con las organizaciones piqueteras. La conversión al peronismo de esta militancia de resistencia será posterior a su incorporación al kirchnerismo, y no al revés. Para ello será necesario procesar una relectura de la historia reciente según la cual se identifica al menemismo como una continuidad de las desviaciones del peronismo pre-dictadura. Hay entonces una periodización que demarca una nítida ruptura con el relato histórico de la transición a la democracia. Ya no se trata solamente de evidenciar la clara continuidad existente entre el genocidio cometido contra el movimiento nacional-popular durante la dictadura y la traición (para nada pacífica) cometida previamente por la derecha peronista; ahora también se establece una continuidad entre la “fiesta menemista” y el período autoritario, con su promoción del individualismo consumista y la degradación de la política como empresa colectiva. Por eso la nueva temporalidad abierta por el



Gabriel Chouhy

estallido del 2001 y cristalizada en la nueva política kirchnerista no solo es *post-neoliberal*, sino también *post-post-dictadura*.

El Estudiante se inscribe en (y vehiculiza) esta sensibilidad propia de una nueva etapa, la post-post-dictadura. La forma en que las figuras adultas viven la política está dominada por la nostalgia, la frustración, y hasta el cinismo (de hecho hay un diálogo en la que un viejo correligionario de Acevedo afirma: “soy cínico desde hace veintiún años, cuando nos rajaron del gobierno”). Sin embargo, son estas figuras adultas las portadoras del legado de la tradición nacional-popular como matriz organizativa de la cultura política nacional. Es llamativa la escena en la que, ante la mirada atónita de Roque y Paula, Acevedo y el padre de Roque rememoran el episodio en que Perón retorna del exilio, y luego cantan juntos la marcha peronista, a pesar de que el primero es un ex-radical que participó activamente en el gobierno alfonsinista post-dictadura, y el segundo un viejo militante de la izquierda nacional de base marxista. Por otro lado, el modo en que los jóvenes se apropiarán de esta tradición oscilará entre la admiración y el sarcasmo. Los discursos de los militantes durante el plenario, cargados de retórica setentista y acompañados de aplausos y banderas, serán testimonio fiel del legado movimentista. Al mismo tiempo, vemos también cómo, en los entretelones del plenario, el juego de imitación pomposa del discurso en el cual Perón expulsa a la juventud peronista de la manifestación en Plaza de Mayo (llamándolos “imberbes”), no solo denota un quiebre respecto de la solemnidad con la que las viejas generaciones —las que verdaderamente “pusieron el cuerpo”— vivencian el ejercicio de la memoria histórica, sino que también trasluce una crítica soterrada a la figura del líder. Aquí, la práctica del humor político aparece como ritual fundamental que permite a los jóvenes sublimar la pesada herencia del pasado.

De todas maneras, por más rupturas que estos jóvenes pretendan invocar, la continuidad de la vieja política, sea peronista o de otro tipo, vendrá asegurada por la reproducción de las prácticas, no de los discursos. Dichas prácticas se estructurarán en base a relaciones jerárquicas, según las cuales los jóvenes ofician de aprendices y los adultos ejercen funciones tutelares, lo que asegura la incorporación de las nuevas generaciones a una política ya instituida. En efecto, la primera vez que Acevedo entra en escena, los militantes de Brecha inmediatamente interrumpen su discusión, que solo será retomada ante el aval del profesor. Otras escenas mostrarán a dicho personaje ofreciendo contención y consejo ante las dubitaciones de los jóvenes en materia de estrategia. Acevedo tiene, además, legitimidad suficiente para mantener conversaciones privadas con los distintos militantes, en las cuales les transmite información confidencial sobre la “alta política” y les asigna tareas y responsabilidades. Sin embargo, los militantes juveniles parecen no cuestionar este tipo de vínculo basado en el patronazgo. A lo sumo, se lo toman con sarcasmo: en la misma escena en que Acevedo y su amigo confiesan su cinismo político, se produce la siguiente conversación:

“Amigo de Acevedo: —¿Y desde cuándo importa la opinión de los estudiantes?

Acevedo: —Escuchalos! Escuchalos que son muchos más inteligentes que vos.

Amigo de Acevedo: —Sí claro, porque repiten todo lo que vos les decís.

Paula: —Bueno, gracias por la confianza!”

Esto nos conduce a un *tercer* aspecto, central en la caracterización de esta primera hipótesis del retorno de la política: la recuperación de lo que en el “lenguaje peronista” se denomina *transvasamiento generacional*, noción acuñada por Perón en 1967 para expresar la necesidad de un legado intergeneracional al interior del movimiento nacional popular, así como la posibilidad de construcción de una alternativa renovadora que supere las luchas fratricidas que



en su momento flagelaban la interna peronista (Vázquez y Vommaro, 2012). Aquí conviene detenernos nuevamente en el discurso de Larroque. Evidentemente, con la apelación mítica a las figuras de Perón y Evita, la identificación con la lucha de los treinta mil desaparecidos por la dictadura militar, y la adhesión consecuente a las figuras de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, se busca deliberadamente tender puentes entre generaciones, y así dotar de continuidad histórica al proyecto nacional-popular. Reaparece entonces el valor de la lealtad como máxima ética de la militancia juvenil peronista, valor que en su momento expresaba el sacrificio de la juventud anónima que, representada por Hector Cámpora, posibilitó el retorno de Perón al poder, y que ahora representa la entrega militante de una juventud fogueada en la resistencia al neoliberalismo y luego encolumnada detrás de Néstor y Cristina (Vázquez y Vommaro, 2012).

Esta noción de *trasvasamiento generacional* ocupará un lugar central en la sutil crítica a la política kirchnerista deslizada por Mitre en *El Estudiante*. En este sentido, el filme es particularmente minucioso en mostrar el paulatino proceso de encuadre de las habilidades políticas de Roque, su voluntad e iniciativa de gestión, dentro de una estructura jerárquica de relaciones de patronazgo. Nuevamente, la tercera intervención de la voz en off, ya cuando Roque se ha convertido en mano derecha de Acevedo, es explícita sobre este punto: “Es para todos su hombre de confianza, su puntero”. Las alusiones a las relaciones asimétricas entre distintas generaciones políticas y la transmisión intergeneracional de los legados del peronismo estarán presentes a lo largo de toda la película.

En otras palabras, si la definición de un lugar propio para la juventud resulta central en la construcción del relato sobre la nueva política kirchnerista, cabe preguntarse si la restauración de una visión de la juventud como portadora de una lealtad incondicional tanto al liderazgo de la generación “madura” como a sus legados no trae consigo la actualización de mecanismos de dominación política de tipo caudillista. Ocultos tras la fachada universalista de las instituciones racional-legales teóricamente distintivas del Estado moderno, dichos mecanismos expresarían el retorno de una política (para nada nueva) erigida sobre bases particularistas, tradicionales y carismáticas. Algo de esto parecen esbozar Vázquez y Vommaro (2012) cuando sostienen que las apelaciones a los jóvenes como futuro relevo del proyecto kirchnerista “alimentan esta concepción de la juventud como un sujeto que es incompleto, o inacabado y que, por lo tanto, necesita de cierta tutela o guía del adulto” (171).

La importancia decisiva de las relaciones de patronazgo en la estructuración de esta política restaurada según la lógica de la primera hipótesis será por completo inteligible en el desenlace de la película. Para ese entonces, toda la energía militante de la agrupación se volcará a sostener la campaña electoral de Acevedo al rectorado universitario. Roque jugará un papel clave en el desarrollo de las reuniones secretas con el Ministerio. Y a pesar de ello, la traición de Acevedo será brutal. Aun así, un acontecimiento imprevisto abrirá una nueva posibilidad, un *punto*, en el sentido de Badiou, que enfrentará a Roque ante una decisión: olvidar la traición y ser leal a Acevedo (y a su tutela) para obtener su ingreso definitivo a la “alta política”, o mantenerse fiel a una nueva *Idea* de la política que despunta a partir de este nuevo acontecimiento. Será entonces una decisión sobre la posibilidad de emergencia de un nuevo sujeto, portador de una segunda hipótesis de la política.

Gabriel Chouhy

H_A: LA POLÍTICA COMO EMANCIPACIÓN. SOBRE EL NUEVO SUJETO DESPUÉS DEL ACONTECIMIENTO

La segunda hipótesis que se sugiere al final de *El Estudiante* supone una ruptura con esa nueva política gestada al calor del acontecimiento pero que, reducida a mera voluntad de poder, ha sido cooptada e instrumentalizada por la inercia de las viejas estructuras del orden instituido. Punto de fuga que habilita ya no, parafraseando a Nietzsche, el eterno retorno de lo mismo, sino la emergencia de una subjetividad fiel a un acontecimiento que, al decir de Badiou, “makes possible the restitution of the inexistent” (2012: 56). Se trata de un curso de acción orientado a la emancipación colectiva, una apuesta decidida por un nuevo sujeto radicalmente igualitario, forjado en condiciones de universalidad, y constituido al margen de las rutinas de la política instituida (el sindicato, el gremio, el partido, el Estado). Su exterioridad respecto al orden establecido nacerá de un laudo que apuntala el disenso para rechazar la primera hipótesis.

Es esta disidencia, constitutiva de un nuevo sujeto, la que tomará forma al final de *El Estudiante*. Nuevamente tendrá a Roque como protagonista. En las últimas escenas del filme se ha vuelto evidente la enorme capacidad de reproducción de los poderes fácticos. La fuerza inercial de la vieja política resulta insoslayable. Acevedo utiliza a Roque como chivo emisario: lo envía a negociar en secreto con el operador político del ministro, pero luego afirma desconocer la existencia de tales negociaciones. Roque queda en *offside*, como un oportunista que actuó por cuenta propia. Pero el *free rider*, en realidad, es Acevedo, que a espaldas de Roque ha pactado con sus rivales el retiro de su candidatura, a cambio de un puesto relevante en el nuevo equipo rectoral constituido luego de las elecciones. Para ello ha utilizado a otro militante de Brecha, quien también ha traicionado a sus compañeros a cambio de un cargo de confianza en el rectorado. Para peor, la integridad moral de Roque es puesta en tela de juicio por sus compañeros (aunque no por Paula, quien nuevamente, gracias a la verdad inmanente de su amor por Roque, es la única que parece vislumbrar la real dimensión de la traición).

El fracaso surtirá, no obstante, un efecto pedagógico en Roque: su experiencia –o más bien su trauma– le permitirá ya no sólo comprender el carácter instrumentalizado de una política en la que los punteros compiten salvajemente por el reparto de cargos, y en la que los patrones traicionan despiadadamente a sus punteros; también aprenderá a tomar distancia de su propia transformación en animal político. Esta “iluminación” allanará el camino para un segundo despertar de la política en Roque. A pesar del éxito contundente de la conspiración, no todo ha salido de acuerdo a lo planeado: algunos documentos que atestiguan el amaño mafioso de las licitaciones de los laboratorios han sido filtrados y ahora están en manos de Roque y Paula. Es aquí cuando vemos a un Roque instigador de la revuelta, incitando a los estudiantes a movilizarse y ocupar las instalaciones del rectorado. Estos estudiantes ya no aparecen repitiendo discursos rituales: ahora los vemos poniendo el cuerpo, protestando, cantando y agitando banderas de rebelión contra los arreglos de cúpula. Estamos frente a un nuevo acontecimiento, protagonizado por los estudiantes, que han tomado distancia de sí mismos, de la política que los habitaba, y se han constituido en nuevo sujeto colectivo, un cuerpo común ya no inerte, si no en movimiento.⁹

Es fundamentalmente en la última escena de la película donde se explora esta segunda hipótesis. Roque visita a Acevedo en su oficina en el rectorado. Mate mediante, Acevedo confiesa: “Yo sé que vos sos el que más costos pagó, pero es política: era lo que teníamos que hacer”. A lo que Roque responde con sarcasmo “Sí, está claro: política”. A continuación Acevedo

⁹ Para un análisis más completo de las tres formas diferentes de representar a la multitud en *El Estudiante*, ver (Cámara, 2013)



retoma su rol pedagógico y cuenta una moraleja sobre un hombre que ha vivido ciento cincuenta años, y que afirma: “El secreto es nunca contradecir a nadie”. La lección del profesor es clara, y sintetiza con frialdad la fórmula pragmática del acomodo basado en el tutelaje: para conseguir los objetivos, para triunfar en política, es necesario seguir al patrón, serle dócil y obediente, e incluso asimilar su traición de ser necesario. Enunciada la moraleja, Acevedo le ofrece a Roque un cargo en la secretaría de extensión universitaria, el trabajo que Roque siempre ha anhelado. Las tareas que deberá desempeñar no tienen nada de académicas: estará encargado de organizar la juventud del partido al que pertenece Acevedo a nivel nacional. El ofrecimiento no solo revela nuevamente la inexistencia de fronteras nítidas entre la lo gremial, lo institucional, y lo partidario –todo se inscribe en un solo juego de poder– sino que es también para el puntero (Roque) una excelente oportunidad, quizá la última, de ascenso a la “Gran Política”, la única verdadera en la perspectiva de Acevedo. Solo una condición se le exige a Roque para obtener el cargo: deberá desbaratar la rebelión estudiantil, desmovilizando a los estudiantes y terminando con la ocupación del rectorado. Enfrentado a tamaña decisión, y luego de unos meditados segundos, Roque responde con un “no”, seco e inapelable. Y la película concluye.

¿Cómo interpretar el “no” de Roque? Sin duda, su negativa permite continuar con la secuencia iniciada por el acontecimiento disruptivo que ha llevado a los estudiantes a la calle. La decisión de Roque abre un *intervalo* para la rebelión del sujeto respecto al imperio del interés (ha renunciado a los beneficios materiales de su trabajo como puntero) y el compromiso con una política de masas (seguir con la toma del rectorado y permitir el esclarecimiento de los hechos de corrupción que envuelven a las flamantes autoridades universitarias). Significa entonces la restitución de un sujeto colectivo que rompe con el patronazgo, con la instrumentalidad de un activismo acoplado a las lógicas del Estado y sus instituciones.¹⁰

¿Cómo conceptualizar esta segunda hipótesis explorada en *El Estudiante* sobre los significados de la política? ¿Cuáles son sus presupuestos teóricos? Como sostuve al principio, es posible inscribir la obra de Mitre dentro de un tercer momento del cine latinoamericano, contemporáneo a la crisis hegemónica del consenso neoliberal y el ascenso de las izquierdas. Se trata entonces de una indagación orientada a restablecer la posibilidad de un sujeto colectivo fiel a este acontecimiento. Pero es evidente que el significado de esta fidelidad al evento es un asunto en disputa, y que la naturaleza de este nuevo sujeto es todavía precaria. Ahora bien, en base a la experiencia de Roque, sí parece claro que, cualesquiera sean las características de este sujeto, la fidelidad al acontecimiento corporizada por los movimientos emergidos al calor de las luchas antineoliberales deberá fundarse en la negación de la vieja política del siglo XX, organizada en torno al Estado y los partidos. La disidencia, entendida como rechazo a la inercia restauradora de lo que siempre es igual a sí mismo, es entonces condición necesaria para el surgimiento de un

¹⁰ Otros autores han ofrecido una interpretación de la negativa de Roque algo distinta a la aquí enunciada. Cámara (2013), por ejemplo, descarta de plano la hipótesis del retorno de un sujeto colectivo. Para este autor, la incitación a la protesta que Roque habilita es simplemente un espejismo, ya que al final lo que prima es un “giro doméstico” del protagonista (su reconciliación con Paula, sus actividades culinarias, y el trabajo). Este recurso al amor como última trinchera de salvación individual, alejado de la solución colectiva que se fragua en la apuesta por la multitud, no se diferencia demasiado del desenlace de la muy neoconservadora “Amores Perros” (ver por ejemplo Reber, 2010). En una segunda línea de interpretación, Garibotto (2014) sí hace énfasis en la resolución a favor de una política ética, idealista, en detrimento de la gestión y el pragmatismo. Pero ésta sería una de las tantas posibles interpretaciones abiertas que, para la autora, la película expresamente busca dejar abiertas. Mi lectura es que la contundencia de la decisión de Roque cierra la indagación crítica y falla a favor de una concepción específica de política. Incluso el reencuentro con el amor se da a través de Paula, quien representa inequívocamente la versión idealista de la política. En *El Estudiante*, política y amor empiezan y terminan juntos, indisolubles.



Gabriel Chouhy

nuevo sujeto, por más efímera que sea su existencia. Tal es la *Idea* planteada por esta segunda hipótesis. En palabras de Ranciere:

“The essence of politics is dissensus. Dissensus is not a confrontation between interests or opinions. It is the demonstration (manifestation) of a gap in the sensible itself. (...) Politics, then, has no proper place nor any natural subjects. A demonstration is political not because it occurs in a particular place and bears upon a particular object but rather because its form is that of a clash between two partitions of the sensible. A political subject is not a group of interests or of ideas, but the operator of a particular *dispositif* of subjectivation and litigation through which politics comes into existence. A political demonstration is therefore always of the moment and its subjects are always precarious” (Ranciere 2010: 38-39)

Esta segunda lectura sobre el retorno de la política postula la necesidad de un sujeto disidente respecto a las formas de lucha predominantes en el siglo pasado. Esto nos obliga a repensar, siguiendo a Badiou (2000), los tres referentes centrales de la militancia moderna, a saber: los movimientos de masas, los partidos políticos, y el Estado. El primer está definido por dos condiciones: su carácter rupturista, y su apuesta por la universalidad. Así, por un lado, el movimiento emerge como acto de distanciamiento respecto a un orden establecido, como acción colectiva que termina con la repetición de lo mismo, con ese encapsulamiento del *homo politicus* en prácticas rutinarias que aseguran la reproducción incesante de lo ya instituido. Por otro lado, la irrupción de las masas en la escena de la historia debe ir más allá de intereses particularistas para perseguir una mayor igualdad: una apuesta por lo genérico, por lo universal de una humanidad atravesada por divisiones artificiales (de clase, raza, género, edad, etc.), siempre demarcadas por las operaciones clasificatorias del poder estatal. El movimiento resulta entonces de un acontecimiento destinado a crear un tiempo y un espacio propio, por fuera de todo ordenamiento ya delimitado. En segundo lugar, para Badiou el “Estado” se define no como conjunto de instituciones de dominación burocrática-legal, ni como aparato de coerción, sino como el *estado de cosas*, como el conjunto de mecanismos de poder y dominación que, incluyendo a la economía, garantizan empíricamente la reproducción de un determinado orden. Estos mecanismos se despliegan en el conjunto de la sociedad, y se actualizan en un sinnúmero de relaciones sociales. El poder estatal es tal gracias a su carácter indeterminado. En tercer lugar, por “Partido” Badiou entiende una organización formalmente reconocida por el Estado para cumplir funciones de representación, intermediación, negociación y consulta. Bajo esta definición, tanto el gremio como el sindicato pertenecen a la órbita del partido.

Precisamente, si hay algo que caracterizó a la política del siglo XX (inclusive la acción revolucionaria) fue esta idea de “Partido” (y sindicato) como mediación entre el movimiento y el Estado. Dicha concepción se fundaba, más o menos implícitamente, en una teoría del sujeto político según la cual el movimiento, como instancia instituyente de lo verdaderamente político, no podía constituirse en sujeto hasta tanto su poder disruptivo, esencialmente defensivo y localizado, no fuera encausado por las organizaciones de masas. Esta aproximación pedagógica y paternalista a la acción de masas está por cierto formalizada en las tesis fundamentales del partido leninista, pero es también, con sus variantes, la doctrina dominante en todos los partidos de izquierda o de arraigo nacional-popular que se auto-proclamaron portadores del mandato forjado en las movilizaciones populares anti-neoliberales.

Lo importante aquí es que, para Badiou, la crisis de la política ocurrida a fines del siglo XX es antes que nada la crisis de la organización partido-sindicato como sujeto político



privilegiado, como única forma organizativa capaz de proyectar la acción política transformadora más allá de la existencia efímera y siempre precaria del movimiento. Si, desde la izquierda, el partido ha mostrado su rotundo fracaso al finalizar el siglo XX (con el colapso del comunismo soviético, el fracaso de la revolución cultural china, y el desprestigio los partidos socialistas y comunistas de occidente, primero desbordados por los movimientos surgidos luego del “Mayo francés”, y luego convertidos al neoliberalismo), la práctica de una política de emancipación en el presente, cualquiera sea su forma, supone necesariamente el abandono definitivo de la idea de partido. En palabras de Badiou: “Lo que está en crisis, entonces, es la idea de una subordinación de la política al Estado por medio de los partidos. Y entonces la crisis es la de la idea de que un movimiento puede y debe estar representado del lado del Estado” (2000: 3)

Esta es, en última instancia, la hipótesis sobre el retorno de la política ensayada en el desenlace de *El Estudiante*. Es una perspectiva que postula al movimiento como el sujeto político privilegiado de las luchas por la igualdad en el siglo XXI. Pero esta vez no será un movimiento *social* que adquiere estatus *político* gracias a la mediación de un partido subordinado a la lógica del estado, sino que ahora las masas se constituyen a sí mismas en tanto sujeto *político* en el acto mismo de toma de distancia respecto al Estado. Es este acto de distanciamiento, resultado de una decisión, lo que permitirá develar la verdadera medida del poder hasta ahora indeterminado del Estado. Para ser más precisos:

“...un movimiento es lo que fija una medida del poder del Estado. Es algo que obliga al Estado a mostrar realmente cuál es su poder. Y por esa misma razón hay algo de la sumisión que se detiene. Porque si no, seguimos sometidos a lo que está indeterminado (...) El acontecimiento político es algo que va a fijar este poder y nos va a permitir mantenernos a distancia de este poder. Y yo diría con ganas que esta distancia es la política misma” (Badiou 2000: 7)

Ahora podemos comprender el significado último del “no” de Roque. Su doloroso aprendizaje (el descubrimiento del carácter despiadado y traicionero de la vieja política) le permite acceder a una medida del verdadero poder del estado (los mecanismos de cooptación, la vigencia del patronazgo, el tráfico de influencias). Su toma de distancia, su decisión de mantenerse fiel al acontecimiento (la movilización estudiantil que desencadena la toma del rectorado) habilitará un nuevo tiempo y un nuevo lugar para una política que ha logrado determinar con exactitud las condiciones que antes impedían su existencia. Se trata de una verdad que en su afirmación efectiviza la existencia del sujeto, al tiempo que revela la real naturaleza del enemigo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres: las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Auyero, J. (2007). *La zona gris: violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*. Siglo Veintiuno Editores.
- Badiou, A. (2000). Movimiento social y representación política. *Revista Acontecimiento*, (19-20), 27-60.
- Badiou, Alain (2012). *The rebirth of history: times of riots and uprisings*. Verso Books.
- Cámara, M. (2013). Fuera de campo, algunos apuntes sobre El estudiante de Santiago Mitre. *Grumo*(10), 1-16.
- Campo, J. (2017). *Revolución y Democracia. El cine documental argentino del exilio (1976-1984)*. Buenos Aires: Ciccus.
- Cicalese, G. (2012). Universidad, ficción y realidad. Una lectura a partir de " El estudiante " de Santiago Mitre. *Nexos*, 19(29), 4-8.
- Frías, I. L. (2013). *El nuevo cine latinoamericano de los años sesenta: entre el mito político y la modernidad fílmica*: Universidad de Lima, Fondo editorial.
- Garibotto, V. (2014). Staging Politics and Activism in the Kirchner Era: Documentary and Fiction in El estudiante. *Journal of Latin American Cultural Studies*, 23(2), 115-132.
- Getino, Octavio, and Fernando E. Solanas (1969). "Hacia un tercer cine: Apuntes y experiencias para el desarrollo de un cine de liberación en el Tercer Mundo." *Hojas de cine: testimonios y documentos del Nuevo Cine Latinoamericano* 1.
- Mestman, M., Oubiña, D., Sanjinés, J., Xavier, I., Pinto, I., Becerra, S., . . . Ortega, M. (2017). *Las rupturas del 68 en el cine de América Latina*: Ediciones AKAL.
- Montaldo, G. (2014). Teoría en fuga. *El Taco en la Brea*, 1(1), 262-276.
- Pérez, Germán y Natalucci, Ana (ed) (2012). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Rancière, J. (2010). *Dissensus: On politics and aesthetics*. S. Corcoran (Ed.). Continuum.
- Reber, D. (2010). Love as politics: Amores Perros and the emotional aesthetics of neoliberalism. *Journal of Latin American Cultural Studies*, 19(3), 279-298.
- Russo, P. M. (2008). Representaciones de los trabajadores y sus conflictos en el cine argentino: Los traidores, de Raymundo Gleyzer. *Question*, 1.
- Vázquez, Melina, and Pablo Vommaro (2012). "La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora." En Pérez, Germán y Natalucci, Ana (ed). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires: Nueva Trilce.